

**COMPENDIO DE CHARLAS VIRTUALES:
LA EUCARISTÍA Y LOS SANTOS DEL CARMELO**

INSTITUTO CARMELITANO DE ESPIRITUALIDAD - BOGOTÁ
ORDEN DE CARMELITAS DESCALZOS DE COLOMBIA
PROVINCIA DE SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS

2020



ORDEN DE CARMELITAS DESCALZOS
Provincia de Santa Teresita del Niño Jesús
Colombia

SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS¹ Y LA EUCARISTÍA

Por Fray Diego Rivero del Niño Jesús de Praga

Señor, sobre tu altar más de una rosa fresca ambiciona el brillar; cierto, se entrega a ti..., mas yo sueño otra cosa: “¡Me quiero deshojar!” (PN 51, 2)

Los tiempos que vivimos son – en palabras de Teresa de Jesús – tiempos recios. Tiempos en los que se hace necesario renovar la manera en la cual afrontamos las dificultades, nuestra relación con Dios y nuestra propia existencia. Y en este mismo orden de ideas se hace necesario renovar la manera en la cual concebimos la Eucaristía en cada una de nuestras vidas. No limitemos su comprensión al aspecto sacramental de la misma, sino que intentemos abordar la totalidad de su misterio. Para tal fin, santa Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz, más conocida como santa Teresita, nos iluminará desde su experiencia eucarística. Suplicando el auxilio del Espíritu Santo, dejémosnos acompañar por ella.

Hoy al mencionar la palabra Eucaristía, muchos de nosotros podemos sentir cierta nostalgia y añoranza de las Iglesias, de los templos, de comulgar sacramentalmente. Dada la situación y las medidas preventivas que se están adoptando, no podemos acceder a ella con tanta facilidad. Esto nos duele, nos pone tristes, nos genera un sentimiento de vacío interior. Sin embargo, frente a esta situación, es necesario adentrarnos en el corazón de Dios y redescubrir sus deseos: Él está y quiere estar siempre en nosotros y entre nosotros, **la Eucaristía es presencia querida de Dios dentro y en medio de nosotros.**

En relación con lo anterior, vale la pena leer algunas líneas de Santa Teresita en *Historia de un Alma*:

Jesús no baja del cielo un día y otro día para quedarse en un copón dorado, sino para encontrar otro cielo que le es infinitamente más querido que el primero: el cielo

¹ El 2 de enero de 1873 nace en Alençon, Francia, María Francisca Teresa Martin, la última hija del matrimonio entre Luis Martin y Celia Guérin, hoy ambos ya canonizados. El 30 de septiembre de 1897 Teresa expiraba murmurando “¡Dios mío, te amo!” muere a la vez de tuberculosis y de “amor” y según su deseo “yo no muero, yo entro a la vida”. Fue beatificada por el papa Pío XI el 29 de abril de 1923, canonizada por el mismo pontífice el 17 de mayo de 1925. Finalmente fue declarada doctora de la Iglesia por el papa Juan Pablo II el 19 de octubre de 1997.

de nuestra alma, creada a su imagen y templo vivo de la adorable Trinidad (Ms. A, 48v°).

¡Cuánto bien nos hace llevar el corazón estas palabras! Hoy en día, al no poder comulgar sacramentalmente, somos invitados a entrar en ese aposento, en ese cielo infinitamente amado por Dios, en ese lugar que Él jamás abandona, pese a que muchas veces nosotros lo dejamos de lado o no le prestamos la atención. Teresita nos invita a entrar dentro nosotros, nos invita a adentrarnos en el cielo de nuestra alma. ***¿No será acaso, esta situación, una invitación y una oportunidad para entrar dentro de nosotros y encontrarnos allí con Jesús, que siempre nos está habitando y cuidando?***

Por otra parte, ¡cuán oportunas son las palabras que ella dirige – poco antes de recibir su primera comunión - a su hermana Paulina!:

Quiero adornar mi corazón con todas las lindas flores que encuentre, para ofrecérselo al Niño Jesús el día de mi primera comunión; pues quiero, que el Niño Jesús se encuentre tan a gusto en mi corazón, que no piense ya en volverse al cielo (Cta. 11, a sor Inés de Jesús).

¡Qué importante será para Teresita y qué importante debe ser para nosotros ir cuidando nuestro sagrario interior, sagrario donde el Señor **ya vive!** Cuán necesario es decirle que, si bien en este momento no lo podemos recibir sacramentalmente, que lo queremos cuidar, que deseamos que nuestro corazón sea su sagrario, su lugar de reposo, su hogar amado.

En sintonía con lo anterior, ¡qué bien hace poner la mirada en el relato de la Anunciación del Señor!, llevando al corazón las palabras del ángel Gabriel a María: “*para Dios no hay nada imposible*” (Lc. 1, 37). ¡Sí, para el amor no hay nada imposible! (cf. 1 Jn 4,8) Esta es una verdad que debemos recordar una y otra vez.

Por este motivo, entremos en nuestro interior y digámosle a Jesús que vive en él: hoy no puedo comulgar sacramentalmente ¿esto hace imposible que tú vengas a mí? ¿resistes al llamado de amor que tu hijo pequeño hace al decirte “ven a mi corazón”? No, Jesús no se resiste. ¡Qué importante y necesario es recordar que para su amor no hay nada imposible!, que “*nada nos puede separar de su amor*” (Rom. 8,39).

En consonancia con lo anterior, la experiencia de ser habitados por Dios nos debe llevar a buscar y a encontrar a Dios que habita también en el otro, que habita también en mi hermano. Hoy, que muchos de nosotros gozamos de más espacios para compartir con nuestra familia o con quienes vivimos, esta experiencia de santa Teresita nos invita a mirarnos a los ojos y reconocer que el “otro” - mi hermano - también es habitado por Dios, también es un cielo infinitamente amado por Él.

En la misma línea, después de haber caído en la cuenta de que la Eucaristía es presencia querida de Dios dentro y en medio de nosotros, presencia querida de ese Dios que nos primerea, de ese Dios que le dice sí a nuestra vida en espera de nuestro sí; estamos invitados a contemplar la **Eucaristía como memorial.**

¡Qué importante es ser cristianos memoriosos!, cristianos que llevemos siempre presente en el corazón y en toda nuestra vida esa experiencia de salvación que no queda en el pasado, sino que se renueva día a día.

Hoy escuchamos en los periódicos o en casa, tantas voces que gritan “desesperanza”, “pesimismo”, “tristeza”, como si no fuéramos hombres y mujeres salvados y redimidos por un Dios de amor. Frente a tantas voces desesperanzadoras santa Teresita tiene una palabra actual:

Desde que se me ha concedido a mí también comprender el amor del corazón de Jesús, le confieso que Él ha desterrado todo temor de mi corazón. El recuerdo de mis faltas me humilla y me lleva a no apoyarme nunca en mi propia fuerza, que no es más que debilidad; pero, sobre todo, ese recuerdo me habla de misericordia y de amor (Cta. 247, al abate Bellière).

Qué importante es; frente al sufrimiento que muchos de nosotros estamos experimentando, unos más que otros, algunos en soledad, algunos en silencio; recordar que el Señor que ya nos ha salvado una vez y más de una vez, nos vuelve a decir: ¿acaso no te puedo salvar una vez más?

Qué importante es ser cristianos memoriosos, tener presente la acción de Dios en nuestra vida tal y como invitaba Yahvé al pueblo de Israel: “Yo soy el Señor tu Dios, que te saqué del país de Egipto” (Ex. 20,2). Invitación que el Señor nos vuelve a hacer hoy al decirnos: “Recuerda que ya te salvé una vez y más de una vez. Este momento difícil, de dolor, de impotencia, ¿no será momento propicio para que te abras a la salvación que ofrezco una vez más?”

¡Cuán importante y necesario es entregarle a Dios nuestros miedos, nuestros temores, nuestra fragilidad! Pidámosle en silencio: “Señor, necesito que me salves una vez más”, “Señor, enséñame a recordar, a volver a llevar al corazón todas esas ocasiones en las cuales aparentemente he estado sólo y débil y Tú me has salvado”, “enséñame a recordar todas las veces que me has redimido y me has acompañado”. Santa Teresita dice que este fue su deseo al escribir su relato autobiográfico, *Historia de un Alma*: “solo pretendo una cosa: comenzar a cantar lo que un día repetiré por toda la eternidad: ¡¡¡las misericordias del Señor!!!” (Ms. A, 2r°).

Y no podemos olvidar que esta experiencia de salvación acontece en el día a día, en el **hoy**. Hoy en el cual nos dejamos salvar y respondemos llenos de gratitud por todo el amor recibido; tal y como experimenta Teresita: “Mi vida es un instante, una efímera... para amarte, Dios mío, en esta tierra, no tengo más que un día, el día de hoy” (PN 5,1). Este es un llamado a **hoy** dejarnos salvar por Dios, un llamado a no dejarnos robar la esperanza, esperanza en un Dios que nos recuerda que ya nos ha salvado una y otra vez. ¡No nos dejemos robar la esperanza!

Sin embargo, la Eucaristía no es solo presencia y memorial, sino también es **entrega total**. Por lo general, estamos acostumbrados a relacionarla únicamente con la mesa, el pan y el vino; sin embargo, el Evangelio de Juan tiene una imagen tierna y muchas veces poco

atendida: Jesús que lava los pies de sus discípulos. Es en este pasaje donde Jesús no se limita únicamente a realizar una acción, sino que se entrega totalmente, se da, se dona sin reservas a quienes ama. Jesús entrega su vida libremente porque nos ama (cf. Jn 10,18)

Esto mismo afirma Teresita, frente a Jesús sacramentado, en uno de sus poemas más bellos, en el que ella afirma: “*Vivir de amor es darse sin medida, sin reclamar salario, aquí en la tierra*” (PN 17, 5). ¿No será acaso la realidad que estamos viviendo una oportunidad para vivir de amor de esta manera? ¿No será una oportunidad para mirarnos a los ojos, no guardándonos nada? ¿No será una oportunidad para decirnos que nos amamos? ¿O aplazaremos – una vez más – nuestra decisión de amarnos de esta manera?

Es necesario recordar que, esta realidad que es dolorosa - sin lugar a duda - es también una oportunidad. Oportunidad para que las familias se conozcan y se amen; oportunidad para que las comunidades religiosas fortalezcan sus relaciones fraternas, oren juntas, se conozcan y se amen.

Sin embargo, Teresita no se queda solo allí. Ella va más allá, y nos recuerda que: “*en amor el cálculo no entra*” (PN 17,5). ¡Cuántas veces amamos como por pizquitas! ¡Cuántas veces decimos: “*Hoy voy a amar de esta manera, este poquito*”! Por ello, cuán importante es contemplar al Señor lavándole los pies a sus apóstoles, a sus amigos, y en ese gesto, amando, dándose por entero. (cf. PN 54,22).

Por tal motivo, nuestro amor no se puede limitar a regalos ocasionales o a detalles caros. Nuestro amor debe ir más allá. ¡Cuán bello es amarnos, donándonos, dando aquello que nos cueste (no solo dinero): nuestro tiempo, nuestra escucha! No olvidemos: nuestro amor no se puede quedar encerrado en el fondo de nuestro corazón (cf. Ms. C 12 r°).

Porque todo cristiano está invitado a amar como lo hizo Jesús, es decir, “*sin reclamar salario aquí en la tierra*” (PN 17,5), recordando que cuando uno ama, cuando uno se entrega totalmente, “corre el riesgo” de ser correspondido o no. No seamos ingenuos, existe la posibilidad de no ser correspondidos. Por ello es importante mirar a Jesús en la Eucaristía, dándose siempre, sin importar si es correspondido o no. Nos podríamos imaginar ¿de cuánto amor nos veríamos privados si Jesús solo se donara cuando es correspondido?, ¡cuán doloroso sería! Sin embargo, Jesús no sigue nuestra lógica, Él siempre se da libremente, Él decide entregarse siempre.

Tal es el caso de Teresita del Niño Jesús, quien – ya muy disminuida por la tuberculosis - en su lecho de muerte, exclamó: “*No me arrepiento de haberme entregado al amor*”. ¡Cuán necesario es repetir una y otra vez estas palabras al finalizar el día! Sea cual sea la respuesta a nuestro amor, hayamos sido correspondidos o no: “No me arrepiento de haberme entregado al amor” Y esto, a imagen de Jesús, que no se arrepintió jamás ni se arrepiente nunca de amarnos, de darse por entero, de lavarnos los pies una y otra vez, de buscar maneras nuevas de estar con nosotros. Él se da sin medida.

Finalmente, para Teresita, la **Eucaristía es hacerse pequeño, es optar por lo pequeño**. Ante tantas voces que hoy en día, hacen responsable a Dios por todo lo malo que sucede, incluso postulando la pandemia del coronavirus como una respuesta de Dios frente

al pecado del hombre, cuán necesario es releer a santa Teresita, cuya palabra es siempre actual: “*Yo no puedo tener miedo a un Dios que se ha hecho tan pequeño por mí... ¡Yo lo amo...! ¡Pues él es solo amor y misericordia!*” (Cta. 266, al abate Bellière).

Un Dios que se hace pequeño no es un Dios de castigo, sino más bien un Dios cercano, un Dios que nos quiere ganar por el corazón y no por el temor, porque “*el amor hecha fuera el temor*” (1 Jn 4,18)

Hoy también escuchamos tantas voces que dicen: “*no salgas de tu zona de confort, sé fuerte, no muestres tu debilidad, no muestres tu fragilidad, no muestres tus llagas*”. Frente a ello Teresita resalta la respuesta del niño Jesús a san Bernardo, de quien se cuenta que mirando fijamente al pequeño niño, le preguntó interiormente: “*Jesús, ¿quién te ha hecho tan pequeño?*” Ante lo cual experimenta que el Niño Jesús le responde al corazón: “*lo que me ha hecho pequeño es el amor*”. (Cta. 162, a Celina Martin),

Hoy se nos pide engrandecernos, revestirnos, ponernos corazas; sin embargo, Jesús tiene otra lógica. Él, que es grande, decide hacerse pequeño. Él, que es fuerte, decide hacerse frágil y débil como un niño, como un bebé. ¡Qué importante es, por tanto, contemplar la Eucaristía y a Jesús niño! Contemplantarlo y sentirnos invitados a amar nuestra pequeñez, nuestra fragilidad. El Señor toma el camino de lo sencillo, de lo pequeño. Él nos dice que este mundo no está hecho solo para los fuertes. Él le dice “Sí” a nuestra vida, a la vida de tantas personas frágiles y pequeñas.

Santa Teresita, fue una convencida de la opción de Dios por lo pequeño, por lo sencillo. Esta opción la sintetiza en una carta – tal vez la más hermosa de todas – a su hermana María: “*María, entre más débil más cerca del amor, más cerca de Dios*” (Cta. 197, a sor María del Sagrado Corazón). En ella nos invita - una vez más - a experimentarnos como niños pequeños que no pueden caminar por sus propias fuerzas. Niños pequeños que, al experimentar sus limitaciones, extiendan confiadamente su mano a su padre o a su madre para que estos los conduzcan. ¡Cuán necesario es reconocer nuestra fragilidad, nuestra pequeñez, nuestra impotencia! ¡Cuán necesario es extender nuestras manos suplicando la gracia de Dios!

Esta verdad me hace recordar una experiencia que tuve días atrás. Hace menos de dos semanas, una señora me compartió su gran temor frente a todo lo que viene aconteciendo y me preguntó si era válido este miedo que experimentaba o si se debía acaso a una falta de fe. Yo comprendí que su miedo era válido, sin embargo le dije que lo realmente importante era a dónde le conducía ese miedo que sentía. Este miedo la podía conducir a dos lugares: a sentir su propia fragilidad y a quedarse en ella, llevándola a la desesperación; o a recurrir a quien verdaderamente puede: Jesús. Por tal motivo, era importante que no escondiera su miedo, sino que se lo compartiera a Jesús. ¡Jesús no se resiste a acompañar a quienes le comparten sus miedos!

Por ello, cuán necesario es que, al contemplar nuestras llagas, nuestra debilidad, le digamos a Jesús: “Señor, necesito de ti”. Que, al experimentar nuestra incapacidad de comulgar sacramentalmente, le digamos: “Señor, ven a mi corazón”. Al experimentar nuestra incapacidad de amar a quienes nos han ofendido o a quienes nos sea difícil le digamos:

“*Señor, ama tú en mí*” (Ms. C 12 vº). Solo así, podremos experimentar lo que decía el Apóstol: “*Cuando soy débil, entonces soy fuerte*” (II Cor. 12,10).

Podemos concluir recordando el llamado a todo cristiano a vivir eucarísticamente. Experiencia que nace de la certeza de ser habitados por Dios, reconociendo su presencia en cada uno de nosotros y en el prójimo. Experiencia que nos invita ser a cristianos memoriosos, no dejándonos robar la esperanza. Experiencia que nos invita a no arrepentirnos de amar como lo hizo – y lo sigue haciendo – Jesús, optando por el camino de lo sencillo, de lo pequeño: el camino de Jesús.

Concluimos, suplicándole a Santa Teresita nos acompañe en este camino, recordando que “*Dios no inspira deseos irrealizables*” (Ms. C, 2vº). Para ello decimos: “el Señor, la rodeó, cuidando de ella y la instruyó; extendió como un águila sus alas, la tomó la llevó sobre sus plumas. Solo el Señor fue su guía”. Amén.

SANTA ISABEL DE LA TRINIDAD Y LA EUCARISTÍA

Por Fray Cesar Aristizabal de la Santísima Trinidad

Santa Isabel de la Trinidad² desde muy niña mantuvo una fuerte relación con la eucaristía, para ella era ocasión de las más sublimes expresiones de amor a Jesús que la impulsaban a entregar su voluntad a ese Amor. Esta relación estaba sumergida en el contexto espiritual que acompaña a Santa Isabel a lo largo de su vida, el cual estuvo marcado por el Jansenismo, movimiento espiritual que tenía un marcado pesimismo sobre la humanidad y acrecentaba permanentemente la indignidad para celebrar los sacramentos, sumado a que no se podía comulgar todos los días sino en fechas muy especiales.

A pesar de estos condicionamientos históricos, Sor Isabel procura siempre ser fiel a la voluntad puesta en ella para no apartarse del Amor de su vida, un Amor que puso por encima de otros amores, incluso al de ella misma; desea, anhela que esa voluntad de amar a Jesús repare el dolor que le causan a Él quienes lo olvidan, así escribe ella:

Jueves Santo 30 de marzo

“EL DÍA DEL AMOR

Amor y gratitud – Súplica por la salvación de un alma – Alegría apostólica – «Yo te amaré por quienes te olvidan»

120. ¡Oh Jesús, que descansas en mi corazón, Jesús, Vida mía, Amado mío, Amor mío!, yo vengo a consolarte en este día en que tanto me has amado [cf Jn 13,1]. Quisiera hacerte olvidar con un gran amor las ingratitudes del mundo. No te aflijas, que yo te amaré por quienes te olvidan. Soy muy pobre y muy mala para aspirar a tanto, pero te amo, sí, te amo hasta morir de amor.

¡Qué rato tan maravilloso acabo de pasar contigo! ¡Ay qué dulces y qué suaves fueron esas lágrimas que derramé a tu lado! Perdón, divino Amor, perdón para los pecadores. Le he rezado tanto a Dios cuando Tú descansas en mi corazón... Le he dicho al Padre todopoderoso que no podía negarme nada [que le pidiera] en tu nombre, y que no es más extraordinario hacer volver a ese pobre pecador que elevarme a mí a realidades tan bellas, a mí, miserable criatura. ¡Cuánto he suplicado, cuánto he llorado...! Jesús, espero darte esa alma. Redoblo mis oraciones a la Virgen María, y

² Santa Isabel de la Trinidad nace en una población francesa llamada Dijon en 1880, en el seno de un hogar católico, bajo una educación muy estricta, su padre militar y su mamá dedicada a las labores del hogar, forman juntos a Isabel en la virtud y en la piedad religiosa, ingresa al monasterio de Carmelitas Descalzas de Dijon el 2 de agosto de 1901 y muere el 9 de noviembre de 1906 a la edad de 26 años. Conoció en vida los escritos de Santa Teresita del Niño Jesús.

siento que se acrecienta mi confianza. Piensa lo feliz que me sentiría si volviese a ti esa alma: creo que me moriría de felicidad, Amado mío.³

Estos apuntes de la santa escritos en su diario espiritual nos revelan la profundidad del encuentro con Jesús y el deseo reparativo de su amor hacia Él, esto es muy propio de las almas que quieren vivir en constante obsequio y servicio del Amor, ya nada es importante, solo consolar el corazón de su Amado, que Él descansa, que Él viva en ella, juntos salvar y acercar a quienes están lejos o se experimentan tristeza al sentirse agobiados por el pecado. En sus cartas dirigidas a sus familiares y amigos expresa constantemente ese deseo no solo de reparar el Corazón de Jesús, sino que sus destinatarios también lo hagan. En su diario espiritual durante la época de la Pascua Sor Isabel nos expresa posiblemente una de las formas de hacer esa reparación cuando nos habla de su visita al Santísimo:

Miércoles de Pascua 5 de abril

Todos estos días voy por la tarde a hacer una breve visita al Santísimo. ¡Qué rato tan delicioso paso junto a mi Amado! Doy rienda suelta al corazón para que se desahogue libremente y me sorprende a mí misma diciéndole mil locuras a mi divino Esposo. Pero a Él le gusta este abandono, esa intimidad. Después escucho su dulce voz, que habla en lo más hondo de mi alma, que me da solícitos consejos, que me prepara para la vida que pronto voy a seguir. Me muestra los sacrificios y los sufrimientos. Pero también ¡cuántas alegrías y cuánta dulzura en esas tribulaciones, al pensar que Aquel por quien sufrimos está con nosotros y que cada uno de esos sufrimientos es un consuelo tan grande para su Corazón!

Le digo mil locuras al Amado para agradecerle esa porción tan hermosa que ha elegido para mí. «No puedo darte una prueba mayor de amor –me ha dicho–. Rescatamos de este fragmento de su diario la respuesta que recibe Sor Isabel a su derroche de espontaneidad juvenil en el que Jesús disfruta de esa intimidad y abandono. Son muchos los pasajes de las Sagradas Escrituras desde los profetas del A.T hasta la experiencia de Jesús que destacan por el valor espiritual de esa intimidad y de ese abandono en el Padre. La vida eucarística requiere de un encuentro y dialogo a partir de esas dos disposiciones interiores, solo con ellas se puede distinguir con claridad el valor salvífico de estar con Él, de Amar con Él, de sufrir con Él.

Nuevamente Sor Isabel en su diario espiritual nos va a comentar el fruto espiritual de una formación recibida sobre la Eucaristía, en tiempos de la santa era una práctica eclesial habitual “las misiones” semanas de charlas y celebraciones litúrgicas en las que se animaba la fe de los creyentes y se les permitía tener vida sacramental. Destacamos el deseo insaciable de la santa por querer que su corazón sea una “pequeña hostia”:

Viernes 26 de Enero noche

150. La charla de esta noche sobre la sagrada Eucaristía fue magnífica. Jesús mío, quiero ser tan buena que puedan permitirme comulgar diariamente. Eso, Dios mío,

³ Diario espiritual, obras Completas de Sor Isabel

sería el colmo de mis deseos: recibirte todos los días, y luego, entre una y otra comunión, vivir unida a ti, en tu intimidad, ¡sería ya el paraíso en la tierra! Jesús mío, te lo ruego, ¡concédeme esa gran felicidad! Reconozco mi flaqueza y mi indignidad, ¿pero no eres tú el Dador de la vida, el pan que hace germinar vírgenes? ¿No eres Tú, Señor, toda mi fortaleza y todo mi sostén...? Ven, pues, ven todos los días a mi pobre corazón. Que él sea como tu **pequeña hostia**, y que nunca lo abandones, ¿verdad, Amado mío?

Ser pan partido, nos compromete a vivir en constante adoración delante del misterio divino y a orientar todo nuestro ser a ese camino, las consecuencias de esa disposición interior conllevan el cambio de estructuras de toda índole: relaciones humanas, afectos, emociones, trabajo, búsquedas personales, si se quiere es un nuevo “ethos” que solo puede tomar de la antigua condición aquello que de Dios encuentre, lo demás será, si se permite el término, purificado.

Como San Pablo nuestra santa concentrada solo en el Señor, va a poner a su disposición todo su ser, ella desea con fervor ofrecerse como víctima, un ofrecimiento muy constante en ella, sin límite de tiempo o de espacio, con absoluta disponibilidad así lo expresa:

Sábado 27 de enero – Mañana

[CLAUSURA DE LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES

Me he entregado por entero al Maestro, me he abandonado en sus manos. Y en sus manos abandoné también mi deseo más querido. Yo sólo quiero lo que quiera Él. Soy su víctima: que haga de mí lo que le plazca, que me tome a la hora que quiera, yo estoy lista y espero.

Cuando pienso que, después de estos días tan felices de recogimiento y oración, habrá que volver a la vida normal, hacer visitas, asistir a reuniones, no encuentro palabras para decir el sentimiento de tristeza y de pánico que se apodera de mí. Te ofrezco, Maestro, este dolor. **Estoy lista para todo lo que quieras y para seguirte adonde te plazca. No te señalo una hora, tómame cuando quieras, me pongo en tus manos, ¡que es algo tan dulce y tan bueno!**

Sor Isabel tiene la claridad y madurez espiritual para responder a las exigencias más profundas que surgen de esa comunicación divina, no se detiene, no tiene dudas, con la certeza que tienen aquellos que lo han entregado todo se lanza, se deja invadir, por el deseo íntimo de unidad y amor.

El ofrecimiento y la intercesión hicieron parte de la vida eucarística de Isabel. Ella tiene la certeza de la escucha atenta del Señor a las peticiones de su carmelita. la exposición del Santísimo permite a su vez que nos expongamos delante de Jesús, es así como ponemos

los ojos fijos en Él. Santa Teresa de Jesús dirá “**miraros ha El con unos ojos tan hermosos y piadosos..., solo porque volváis la cabeza a mirarle**” (C 26,5). Se trata de volver hacia Él los “**ojos del alma**” (C 26,3). Así lo escribe Sor Isabel en una de sus cartas en la que hace oración su deseo de ofrecerse e interceder al Señor por quien ora, con la siguiente clave de interpretación: solo es posible exponernos al Santísimo y atraer su atención cuando deseando la santidad oramos unos por otros y es Jesús nuestro encuentro.

C 91 (85) Al canónigo Sr. Angles

Carmelo de Dijon, 11 de septiembre [de 1901]

Vivir sólo de Dios – El santuario de su celda – Ante el divino Prisionero – Anhelos de santidad – «Quisiera amar como los santos, como los mártires»

J.M. † J.T.

Amo Christum¹

Todos los domingos tenemos expuesto el Santísimo Sacramento en el oratorio². Cuando abro la puerta y contemplo al divino Prisionero que me ha hecho prisionera en mi querido Carmelo, ¡es como si se abriese la puerta del cielo! Entonces pongo ante mi Jesús a todos los que llevo en el corazón y allí, a su lado, los vuelvo a encontrar.

Ya ve que pienso en usted con mucha frecuencia. Y sé que tampoco usted me olvida y que todas las mañanas, al ofrecer el santo sacrificio, tiene un recuerdo para su pequeña carmelita que hace ya *mucho tiempo* le confió su secreto³. No me quejo de esos años de espera. Es tan grande mi felicidad, que tenía que comprarla. Sí, ¡qué bueno es el Señor...!

Cuando equivocadamente se cree que la eucaristía se limita a un acto ritual, Sor Isabel nos deja en algunas de sus cartas el sentido más profundo de esta vivencia que trasciende cualquier realidad sensible. En los fragmentos que se presentan a continuación se destaca la unión, el amor, el silencio, la intimidad, el cielo, la fe, la compañía, la amistad, la fidelidad, el sabernos amados y amantes de Dios sin límite alguno y así nos convertimos en Hostias vivas:

C 168 (145) A la Sra. de Angles

Carmelo de Dijon, 29 de junio [de 1903]

El camino hacia Dios – Ausencia de temores humanos – Amar y orar – La jornada de una carmelita – «Dios es Amor y sólo sabe de amor»

J.M. † J.T.

Querida Señora, usted está rodeada de silencio ahí en esas hermosas montañas. Tiene tanta soledad... Y su salud no le permite trabajar. ¡Viva con Él! Hágale vivo y presente por medio de la fe. Piense que Él mora en su alma y hágale continuamente compañía, ¿de acuerdo? Unámonos para hacerle feliz, y, para ello, que nuestra vida sea una comunión continua...

C 165 (143) Al seminarista Andrés Chevignard

Carmelo de Dijon, 14 de junio [de 1903]

Creo que nada expresa mejor el amor que hay en el Corazón de Dios que la Eucaristía: es la unión, la consumación, es Él en nosotros y nosotros en Él, ¿y eso no es ya el cielo en la tierra? El cielo en la fe mientras esperamos la visión cara a cara que tanto anhelamos. Entonces «nos saciaremos al despuntar su gloria» cuando «su luz nos haga ver la luz» [cf Sal 16,15 y Sal 35,10]. ¿No le parece que es un descanso para el alma pensar en ese encuentro, en ese coloquio con el Único al que ella ama? Entonces todo desaparece y tenemos la impresión de que penetramos ya en el misterio de Dios... Todo ese misterio es totalmente «nuestro», como usted me decía en su carta.

C 189 (165) A su madre María Rolland

[Carmelo de Dijon], Viernes 1 de enero [de 1904]

Hoy también yo pensaba en el pasado y en todo lo que dejé por Él. Y, mira, no te entristezcas: era todo tan hermoso en mi alma, había tanta paz, tanta felicidad... He pasado un día de cielo ante el Santísimo Sacramento, y te he llevado conmigo, pues tú bien sabes que nunca me separo de ti. Me alegro del buen día que has pasado.

C 136 (118) A la señorita Germana Gemeaux

Carmelo de Dijon, 14 de septiembre [de 1902]

Querida amiga, vivamos en la intimidad con nuestro Amado, seamos totalmente tuyas, lo mismo que Él es totalmente nuestro. Tú no puedes recibirlo con toda la frecuencia que quisieras, y entiendo muy bien cómo te tiene que costar. **Pero piensa que su amor no necesita sacramentos para venir a su Germanita: vive unida a Él todo el día, pues Él vive en tu alma.**

C 54 (26) A la señorita Margarita Gollot¹

[Dijon], Jueves por la noche [16 de mayo de 1901]

¡Sí, hermana, acerquémonos cada día más a esa «unión de amor», a esa «unidad» con Él! Sí, queridísima Margarita, dejemos la tierra, dejemos todo lo creado, todo lo sensible, y vivamos ya en el cielo con nuestro Amado. ¿No es como si hoy³ nos invitase a seguirlo? ¿Sabes?, **yo siento que Él me llama a vivir en esas regiones infinitas donde se consuma la «unidad» con Él...**

Mañana por la noche, acuérdate de mí, por favor. Iré a mi fiesta nocturna. Mi cuerpo estará allí, pero sólo él, pues ¿quién podrá apartar mi corazón de Aquel a quien amo? Y, ¿sabes una cosa?, creo que a Él le gustará tenerme allí. Pídele que esté de tal manera en mí, que le sientan quienes se acerquen a su pobre prometida ¡y que piensen en Él...! Somos sus hostias vivientes, sus pequeños copones. Que todo, en nosotras, lo refleje a Él, que lo entreguemos a las almas. ¡Es tan bello ser tuyas, totalmente tuyas, presas tuyas, sus víctimas de amor!

PARA RECORDAR....

Claves de la Espiritualidad Eucarística en Isabel

- Unidad permanente con Dios desde su indignidad y el hacer una su voluntad con la de Él.
- La Eucaristía, como dialogo abierto, espontaneo, confiado en el que como íntimos amantes le permite a su Amado apoderarse de ella sin interrupción alguna.
- Comunión reparativa, consolarlo a Él por la ingratitud de la humanidad.
- Comunión que se refleje a los demás, nada de intimismo, aislamiento, ego espiritual, todo se recibe gratuitamente y se comunica gratuitamente.
- La Eucaristía se puede vivir sin referencia necesaria al sacramento, vida hecha eucaristía, es decir, acción de gracias eterna.

SAN JUAN DE LA CRUZ⁴ Y LA EUCARISTÍA

Por Fray Carlos Villa de Santa Teresa

INTRODUCCIÓN

La vida espiritual es atravesada de principio a fin por la experiencia central de Jesús de Nazaret, el Cristo, el Hijo de Dios. Le ve en todas partes, cuan alma enamora tras su amante perfecto. Ese es el clic de toda la espiritualidad carmelitana, un constante posar sus ojos en el único que puede ocupar su pensamiento, su deseo, sus sueños, su pasado, su presente y su futuro. Esta pequeña pero sustanciosa afirmación la acentúa el Santo como máxima carmelitana, de modo que la vida misma del carmelita tienda de tal manera hacia el Señor, que su norte no solo sea concreto, sino que sea plasmado en su corazón como certeza, y canta, *“Porque le podría responder Dios de esta manera:*

Si te tengo ya habladas todas las cosas en mi palabra, que es mi Hijo, y no tengo otra, ¿qué te puedo yo ahora responder o revelar que sea más que eso? Pon los ojos en él, porque en él te lo tengo dicho todo y revelado, y hallarás en él aún más de lo que pides y deseas. Porque tú pides locuciones y revelaciones en parte, y si pones en él los ojos, lo hallarás en todo; porque en él es toda mi locución y respuesta y es toda mi visión y toda mi revelación”. Subida al Monte 22, 5.

Dios, en su Divina Omnipotencia ha querido decir todo en un pequeño pedazo de pan, su Hijo amado. Tiene todo el sentido entonces, hablar de *“aquí hay uno mas importante que salomón”* (Mt 12,42). Los Padres de la iglesia, hablaban del Antiguo Testamento como el Evangelio del Padre, pero a partir de la encarnación, Dios solo emite una sola palabra: Jesús.

Basta con decir, que Dios no se ha aguantado un segundo mas encumbrado en las alturas y ha decidido bajar (Ex 3, 8). Por lo general, solemos ver a Dios en conflicto con el genero humano, y arrepintiéndose de ellos cada “tres capítulos”, después de la encarnación Dios nunca más vuelve a pensar en ello, porque después de Jesús, su Hijo amado, arrepentirse

4 Nació en 1542 en Fontiveros, pueblo perteneciente a Ávila - España. La fecha exacta no se conoce. Sus padres fueron Gonzalo de Yepes y Catalina Álvarez. Juan fue el último hijo de este hogar. El 28 de noviembre de 1568 se inauguró el convento de Duruelo, iniciando así el Carmelo Teresiano entre los frailes. Juan renovó su profesión religiosa bajo la regla no mitigada, cambiando su sobrenombre del de Santo Matía por el “de la Cruz”, siendo a partir de ese momento Fray Juan de la Cruz. Junto con él iniciaron la reforma los frailes Fray Antonio de Jesús (Heredia) y José de Cristo. A las once y media los religiosos le van haciendo la recomendación del alma según el ritual. Juan pide que reciten los Cantares. En esto dan las doce y tocan las campanas. Pregunta Juan “¿a qué tañen?”. A maitines le responden. Abre con dulzura los ojos y dice: “al cielo me voy a decirlos” y besando la cruz, oró “en tus manos encomiendo mi espíritu”. En el primer minuto del día 14 de diciembre de 1591 entregó su alma al Creador.

de nosotros sería arrepentirse del él, y eso nunca va a suceder, pues es en quien se deleita, su palabra viva y veraz.

Jesús de Nazaret, el predilecto del Padre, ha decidido como consecuencia de su que-hacer divino, “*amar hasta el extremo*” (Jn 13,1), por ello, se hace pan, se hace digerible, se hace mesa, se hace compartir, se hace donación sin reserva alguna. Es muy particular como a nivel sinóptico (Marcos, Lucas y Mateo) se mantiene una visión coherente frente a este hecho concreto que tiene su culmen en la Cruz, como en Jn, pero este con un plus particular, único en sí mismo: el lavatorio de los pies; es decir, el signo por excelencia de la eucaristía, amor, es la *kénosis* (abajamiento, anonadamiento) que se hace servicio por el otro, y reproducción del mismo, “*hagan esto mismo*”, casi como una invitación a ser panes vivos en medio del mundo.

Es por esta razón que, de manera muy breve, pero concisa, haremos un paralelo entre la fórmula eucarística -tomó el pan, dando gracias, lo partió y lo dio- y toda la propuesta de itinerario espiritual del Santo Padre Juan de la Cruz. Esto nos debe llevar a una primera conclusión. La vida del creyente, del cristiano auténtico es atravesada por una vida eucarística al estilo de Jesús.

I. TOMÓ EL PAN: CÁNTICO ESPIRITUAL.

Detrás de esta expresión sencilla se esconde particularmente una intención divina, la cual consiste en tomar, agarrar, atrapar para sí. Toda la teología de la elección subyace a esta sentencia; sin embargo, es hecho divino ¿elegir a unos y excluir a otros? Ciertamente el pueblo de Israel ha señalado infinidad de veces la particular elección de Israel como pueblo, heredad divina, sobre el resto de naciones de la tierra, empero, muchos relatos testamentarios de igual forma señalan la participación de extranjeros dentro del plan divino. Basta con señalar, el sublime texto del *Cantar de los Cantares*, telón de fondo de *Cántico Espiritual*, para darnos cuenta que aquella mujer “morena”, no participa dentro de los esquemas de la elección judía. No hace falta mencionar, la infinidad de veces en la cuales Jesús ha entrado con contacto con forasteros o extranjeros.

Por lo tanto, la elección -tomó el pan-, requiere para sí un elemento fundamental dentro del itinerario espiritual: la conciencia. Dios mira a todos, pero solo aquel que hace conciencia de su mirada sobre sí, se siente elegido, ya que se siente amado profundamente. Por esta razón, el Santo español, iniciará cántico poniendo de manifiesto la necesidad imperante de caer en la cuenta de dicha elección, “*cayendo el alma en la cuenta*” (CB 1, 1). A partir de esta elección señalada y guiada por el amor, el alma se siente tocada, herida de amor, “*me dejaste con gemido (...) habiéndome herido (...)*” (CB 1). Este toque de amor, tiene como fuente el arquetipo del amor, Dios; hiriendo el alma con su “*toque delicado*” (L1 B 2), ocasiona en ella tal movimiento, que solo puede disponerse para salir tras él corriendo, “*salí tras ti clamando*” (CB 1, 20), a saber, que el único que puede sanar esta herida de amor, es aquel que la ocasionó.

Una serie de poemas antiguos egipcios, nos podrían dar la luz suficiente para entender un poco aquello que acontece entre la amada y el amante, un drama ante la impotencia de poseerle plenamente:

*Fingiré que estoy enfermo,
mis vecinos vendrán a verme
y mi amada vendrá con ellos.
Ella, avergonzará a los médicos,
Pues solo ella conoce la cura
De mi enfermedad...*

*Si mi amado se marcha y olvida mi amor,
Mi corazón se para...
Sólo el soplo de su nariz es lo que
Me hace vivir mi corazón.*

Es la fuerza del amor, en la imposibilidad aun de tomarlo para sí. Es la expresión de un corazón herido de amor, que solo puede encontrar la cura en su amante. Por ello, lo reclama, lo exige, lo añora, lo desea visceralmente. Esta historia de amor, a partir de la toma del amor, se encamina en un itinerario espiritual de búsqueda en la dinámica sanjuanista de presencia-ausencia. Es la conciencia del amor, que se hace camino y caminante, que en la impaciencia del amor grita a la creación entera en busca de amor. Es por ello que, leer Cántico Espiritual, es releer nuestra vida, es la radiografía de nuestra historia que parte del toque de Dios hiriente al alma, el día que tomó el pan.

II. DANDO GRACIAS: LLAMA DE AMOR VIVA

Durante muchos años nos han educado, en casa o incluso en medio de nuestras catequesis la imposibilidad que tenemos de merecer algo; hemos de hacer x o y cosa, según el mérito, para llegar a ser merecedores de cualquier cosa. Nos movemos en dinámicas retributivas, no solo frente a nuestras familias sino frente a Dios mismo: “sino te portas bien, el niño Jesús no te traerá el regalo”. Que Dios tan raro. El día que nos encontramos con un Dios gratuito e irrestricto, ese día se nos caen los esquemas y mejor acudimos a sospechas, “de eso tan bueno no dan tanto”. Pues si, no solo dan tanto sino desproporcionadamente.

Pues bien, ¿no seremos capas de pensar ni siquiera en un Dios que da gracias por nosotros? No es la intención de este breve escrito, generar ni establecer una espiritualidad del merecimiento, antes bien, saber que si algo podemos llegar a merecer es por la encarnación del Hijo, o acaso ¿no lo merece él todo? Pues bien, por la recapitulación de la humanidad entera en él, ¿no hemos alcanzado algo de la herencia prometida, siendo de igual forma hijos de Dios? Esto es *Llama de amor viva*, un canto al sublime detalle de fina delicadeza que ha tenido Dios con nosotros, al querer hacernos parte de su vida divina, por eso grita “*rompe la tela de este dulce encuentro*” (LI B1), es el prelude de la unión.

Por ello, la acción de gracias de parte de Dios hacia cada uno de nosotros es la expresión elocuente de un Dios que solo sabe mirar al ser humano amando y haciendo mercedes por él (CB 19, 6). El proceso llevado a cabo por Dios sobre el alma, tocando, cauterizando, hiriendo y sanando, es una plena acción de gracias, y en ese mismo sentido una auténtica eucaristía.

Todo esto, dice el santo es movido por el Espíritu Santo, que genera en el alma tal acción, que lo único que se puede esperar de ella es la actualización de los movimientos divinos sobre sí:

Y así, todos los movimientos de tal alma son divinos; y, aunque son suyos, de ella lo son, porque los hace Dios en ella con ella, que da su voluntad y consentimiento. (Ll B 1, 9). (...) es decir que, cuando alcanza la sustancia, virtud y fuerza del alma, la hiere y embiste el Espíritu Santo. (Ll B 1, 14).

Puede el alma tras tales noticias, dejar de arrodillarse ante Dios, tras saber que no deja de abajarse y anonadarse para servirle, incluso a pesar de nuestro pago. Gracias a Dios, él sigue siendo tan cual es, sino tendríamos embargada toda la historia. Dios ha decidido seguir sirviendo al ser humano, en pos de que él pueda ser levantado hacia su vida divina. Y, aun así, sigue dando gracias por nosotros.

III. LO PARTIÓ: NOCHE OSCURA

Partamos de un hecho particular, el pan pasa por un proceso de molienda del trigo y el vino de una uva machacada. Esto por sí solo debería decirnos algo. Después de haber tomado el pan y dado gracias por él mismo, decide partirlo. Es el mismo itinerario del divino Maestro, quien en la cruz decide donando su vida partirse en el madero por amor a nosotros. Ahora bien, este proceso de donación no es tan sencillo, ya que implica una “determinada determinación” como dice la santa, de morir a sí mismos.

Por ello, *Noche Oscura*, termina siendo el paradigma sanjuanista que hable del proceso de muerte, basado en la desnudes del alma que opera en ella ocasionando la libertad apropiada para andar e ir hacia el Dios que le espera para dársele de lleno. De esta manera, la noche acontece como el espacio mas adecuado para que se de el encuentro entre amantes:

*¡Oh noche que guiaste!
¡Oh noche amable más que la alborada!
¡Oh noche que juntaste
Amado con la amada,
amada en el Amado transformada. (N 5)*

Noche habla de encuentro, de relacionalidad, la noche susurra derroche de ternura, de erotismo, drama, muerte, vida, luz y tinieblas. Es por ello, que a lo mejor el santo analógicamente señale la experiencia de purificación del pueblo de Israel, con el proceso de *Noche oscura*. Es el desierto que, en medio de la oscuridad se pregunta por Dios. Eres tú y soy yo, preguntándonos por un Dios que en ocasiones parece ausente; es la sensación de soledad que en situaciones tan complejas solo desea el consuelo de la dulce compañía de Dios; es el sacrificio diario de tener de trabajar y luchar por la familia, por sueños y proyectos de vida. Allí muere el alma, cuando tirada por lazos de amor decide dar la vida por aquello que ama.

Es un “*salir de sí*” (1N 1, 1) contante que genera dinamismo de vida en medio de cada una de las situaciones que se viven. Es el proceso de dolor y gozo del madero que se quema

en medio del fuego hasta consumirse todo en sí por la llama del amor (2N 10, 1), es la renuncia de apetitos, gustos, aquel equipaje que no te deja volar por los cielos de la plena libertad, que a final de cuentas será ella misma (la libertad) la mediadora de dicha muerte por el amor. De allí se entiende lo que canta el santo: “*Y a causa de esto es que, como el estado de perfección que consiste en perfecto amor de Dios y desprecio de sí, no puede estar sino con estas dos partes, que es conocimiento de Dios y de sí mismo*” (2N 18, 4) dando validez de igual forma, a aquella expresión donde Job sintetiza, tras su larga Noche Oscura, toda su experiencia de conocimiento de sí y auténtica experiencia de Dios, “*Te conocía solo de oídas, ahora te han visto mis ojos*” (Job 42, 5).

¿Cómo pretender llevar una vida eucarística, sin pasar por la entrega total de sí mediante el sacrificio del amor? No. Esto es noche, la entrega del amor donde el pan es partido, sacrificado, crucificado en el colmo del amor; que se ha dado hasta el extremo como lo señala Juan en su evangelio al inicio del capítulo trece.

IV. LO DIO, LO REPARTIÓ: SUBIDA AL MONTE CARMELO

Finalmente hemos llegado al culmen de la vida cristiana donde solo mora “*la gloria y la honra de Dios*” como lo señala el san Juan de la Cruz, en *Subida al Monte*. Aquí es Dios siendo pleno en nosotros, cuando el alma ha llegado a la cima del monte de la perfección. Y a partir del sacrificio libre de su vida mediante el proceso, se goza en el gozo de Dios, ser vida para los demás. Así como Israel ha encontrado por Dios la tierra prometida que mana leche y miel, el alma ha de encontrar su tierra en Dios, que opera en ella de tal manera, que las palabras del apóstol Pablo se actualizan en ella, “*ya no soy yo quien vive, es cristo quien vive en mí*” (Gal 2, 20).

Inmerso en el entendimiento por fe (2S), la memoria por la esperanza (3S 1-15), y la voluntad en caridad (3S 16-45), el alma degusta a Dios como su divino y máspreciado tesoro. Se goza en aquello en lo cual consiste el gozo de Dios, darse a los demás, repartirse sin medida, en un derroche de gracia y despilfarro de caridad. Hasta este punto nos ha conducido el llamado a una vida eucarística, la unión plena y perfecta en Dios, que la lleva a operar divinamente, pues es Dios obrando en ella al mejor estilo de Jesús, en opción fundamental por el otro.

Es el amor que se hace legislación en la vida del creyente, y no como en las *profundas cavernas del sentido*, (Ll 3) donde prueba la salud, vida, deleite y refrigerio de parte de Dios, sino que pasa a ser vida, deleite, salud y refrigerio para los demás, siendo canal de gracia en medio de la historia. ¿Qué sentido tiene “llevar una vida eucarística” si te lleva a una experiencia de Dios y vivencia de la fe, intimista, solipsista, encerrada en sí mismo? No ha sido entonces una auténtica experiencia eucarística. Acá cobra sentido el signo por excelencia de la eucaristía en el evangelio de Juan, “el lavatorio de los pies”, una existencia volcada al encuentro con el otro, la entrega fecunda que se hace hostia viva para la comunidad, el rostro del resucitado, el crucificado, el “*pan viviente*” (Jn 6).

La síntesis del santo, “quedéme y olvidéme”, logra condesar la experiencia del proceso espiritual que trae consigo el culmen de la vida cristiana, la eucaristía. Ya todo ha pasado, solo queda Dios, quien ha de prestar el pecho para que la amada descansa sobre él.

Dios en íntimo único “*permanece*” (Jn 15, 4) en el discípulo, como a su vez en el Padre, por medio de ese Espíritu que acompaña el telar de la historia de la salvación. Por ello canta:

*Quedéme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el amado,
cesó todo, y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado. (N 8)*

Para culminar este corto espacio donde medianamente se ha podido arañar el misterio eucarístico a la luz de san Juan de la Cruz, no creo que se pueda expresar de una mejor manera a modo de sumario, todo el contenido de una vida eucarística, sino es desde el arquetipo de ser humano: Jesús, el Señor. Por ello, dejaremos que el santo de fontiveros sea quien hable, y cante a Dios como sublimemente lo sabe hacer:

EL PASTORCICO

*Un pastorcico, solo, está penado
ajeno de placer y de contento,
y en su pastora puesto el pensamiento,
y el pecho del amor muy lastimado.*

*No llora por haberle amor llagado,
que no le pena verse así afligido,
aunque en el corazón está herido,
mas llora por pensar que está olvidado.*

*Que sólo de pensar que está olvidado
de su bella pastora, con gran pena
se deja maltratar en tierra ajena
el pecho del amor muy lastimado.*

*Y dice el pastorcico: ¡Ay, desdichado
de aquel que de mi amor a hecho ausencia,
y no quiere gozar la mi presencia,
y el pecho por su amor muy lastimado!*

*Y a cabo de un gran rato, se ha encumbrado
sobre un árbol, do abrió sus brazos bellos,
y muerto se a quedado asido dellos,
el pecho del amor muy lastimado.*

SANTA TERESA DE JESÚS Y LA EUCARISTÍA

Por Fray Jairo Gómez de la Santísima Trinidad

Antes de dar desarrollo a esta charla, es importante presentar a nuestra autora: TERESA DE JESÚS (Teresa de Ahumada). Nació en Ávila, España, o posiblemente en la casa de campo de Gotarrendura a unos 20 km al norte de Ávila, el 28 de marzo de 1515. A la edad de 12 años queda huérfana de madre y suplica a la Virgen reemplace el vacío dejado por su progenitora. En su adolescencia ingresa como estudiante al convento de Agustinas de Nuestra Señora de Gracia de Ávila en 1531. Posteriormente, sin estar completamente convencida de su vocación religiosa, ingresa al Monasterio Carmelita de La Encarnación de Ávila el 2 de noviembre de 1535. Allí vive una vida de oración donde descubre la riqueza del gran «mundo interior». Junto a algunas mujeres amigas y con el apoyo de algunos confesores y familiares decide fundar el Monasterio de San José de Ávila. Es reconocida por sus grandes escritos espirituales: *Vida (V)*; *Camino de Perfección (C)*: *códice del Escorial (CE)*, *códice de Valladolid (CV)*; *Las Moradas o Castillo Interior (M)*; *Fundaciones (F)*; *Cuentas de conciencia o Relaciones (CC)*; *Meditaciones sobre los Cantares (MC)*, entre otros. Uno de sus grandes aportes a la espiritualidad tiene que ver con su experiencia mística en la que descubre la profundidad del alma humana en cuyo centro acontece la unión con Dios expresado como matrimonio espiritual. Muere el 15 de octubre de 1582. Beatificada en 1614, canonizada en 1622 y declarada Doctora de la Iglesia en 1970.

Desarrollaremos esta enseñanza de Teresa y su relación con el sacramento de la Eucaristía a partir de diversos aspectos:

1. Presencia real de Cristo
2. Actitudes de Teresa frente a la Eucaristía
3. Efectos que produce la Eucaristía en ella
4. Oración y el momento de la comunión

1. PRESENCIA REAL DE CRISTO EN LA EUCARISTÍA.

En su familia, Teresa ha recibido una formación básica normal, propia de las familias en la iglesia antes del Concilio de Trento: eucaristía dominical, comunión la familia en el tiempo pascual y en momentos especiales, procesiones populares, en especial, en la fiesta del Corpus Christi. A pesar de esto, Teresa no nos dice nada sobre su experiencia eucarística durante su infancia y adolescencia. En *Vida* 4,9 se dan las primeras alusiones al sacramento unidas a la necesidad de tener oración con un libro acabando de comulgar.

En el monasterio de la Encarnación, la vida eucarística es la propia de la comunidad religiosa de ese entonces. En el Carmelo, la celebración de la eucaristía se constituía en el acto comunitario por excelencia, pero a las religiosas no se les permitía comulgar todos los días. Ante la gran enfermedad que la paralizó, entre 1540 y 1542, y como fruto de su oración, le queda un «deseo de soledad, amiga de tratar y hablar en Dios [...]; comulgar y confesar muy más a menudo y desearlo» (V 6,4). Así es como se va afianzando en Teresa este itinerario eucarístico.

Serán las grandes experiencias místicas las que fortalezcan su piedad eucarística. Es lo lógico, después de que su experiencia de Dios se centró en el misterio de Cristo (V 27,2), con una especial atención a la Sacratísima Humanidad de Cristo (V 22; 6M 7), la presencia eucarística de Cristo pasó a tener un lugar central. A partir de esas experiencias, comenzó a comulgar casi a diario, aunque fuese mal visto por sus hermanas de comunidad.

Cuando las gracias místicas comenzaron a crecer y los confesores y teólogos las ponen en duda, una de las pruebas más duras que vivió Teresa fue el mandato de su confesor de dejar de comulgar tan a menudo y dejar la soledad (cf. V 25,14-15). Fue una prueba pasajera, pues su deseo de comulgar cada día era mayor (cf. V 39,22).

¿Qué nos dice Teresa sobre esta presencia de Cristo en la eucaristía? Simplemente, en la eucaristía el Señor se nos presencializa como cuando estuvo en el mundo, que no entiende cómo muchas personas desearon vivir en el tiempo de Jesús, si lo tienen en el sacramento: «mas tenía tanta devoción y tan viva fe, que, cuando en algunas fiestas oía a personas que quisieran ser en el tiempo que andaba Cristo en el mundo, se reía entre sí, pareciéndole que, teniéndole tan verdaderamente en el Santísimo Sacramento como entonces, que, ¿Qué más se les daba?» (CE 61,3).

En el libro de *Las Moradas* reconoce que Cristo se halla corporalmente en la eucaristía (cf. 5M 1,11) y vive la experiencia de cómo a todos aquellos que se acerquen a recibirlo, el Señor los acoge y los besa, pues es la presencia viva y gloriosa de Jesús (cf. MC 1,10), así lo sabe, pues en una de sus principales experiencias eucarísticas, así no los narra: «Cuando yo me llegaba a comulgar y me acordaba de aquella Majestad grandísima que había visto, y miraba que era el que estaba en el Santísimo Sacramento (y muchas veces quiere el Señor que le vea en la hostia), los cabellos se me espeluzaban, y toda parecía me aniquilaba. ¡Oh Señor mío! Mas si no encubrierais vuestra grandeza, ¿quién osara llegar tantas veces a juntar cosa tan sucia y miserable con tan gran Majestad? Bendito seáis, Señor» (V 38,19).

De lo anterior, podemos decir que Santa Teresa entiende el sacramento de la eucaristía como algo dinámico, pues el Señor quiere entrar en un contacto dialogal con quien lo recibe. Ella aprovechaba los textos bíblicos que conocía con sus personajes principales para ayudarse a entrar más profundamente en esa comunión con Cristo, por ejemplo, aprovechaba su afinidad con María Magdalena, o con la mujer Samaritana. El momento más propicio para entablar ese contacto dialogal con Cristo es después de comulgar, hablar de amores y tratar de negocios con Él.

2. ACTITUD TERESIANA ANTE LA EUCARISTÍA

Después de comulgar, Teresa nos pide un total recogimiento (recoger nuestro ser: potencias, sentidos), y con la ayuda de los grandes personajes del nuevo testamento, ella trata de descubrir las actitudes de acogida a Jesús para encarnarlas. Está convencida que siempre que un alma tiene ansias del Señor, Él sale a su encuentro. Así ella misma lo escribe: «Mas, acabando de recibir al Señor, teniendo la misma persona delante, procurad cerrar los ojos del cuerpo y abrir los del alma y miraos al corazón, que yo os digo [...], que no viene tan disfrazado, que de muchas maneras no se da a conocer conforme al deseo que vos tenéis de verle; y tanto lo podéis desear, que se os descubra del todo» (CE 61,9).

Las múltiples revelaciones que tuvo la ayudaron a comprender la importancia de llevar muy limpia su alma. Cuando no podía recibirlo, nos escribe algo muy apropiado para estos días de confinamiento:

«Cuando no comulgaren y oyereis misa, podéis comulgar espiritualmente (y es de grandísimo provecho), y hacer lo mismo. Es mucho lo que se imprime aquí el amor de este Señor; porque, aparejándoos a recibir, jamás deja de dar por muchas maneras que no entendemos. Es llegarnos al fuego, que, aunque le haya muy grande, si escondéis las manos, mal os podéis calentar: quedaros heis frío; aunque todavía es más que si no viereis el fuego; calor alcanza estando cerca» (CE 62,1).

3. EFECTOS QUE PRODUCE LA EUCARISTÍA EN ELLA

Uno de los principales efectos que el sacramento de la eucaristía produjo en Teresa fue el de consumirla en Cristo: «Es imagen viva, no hombre muerto, sino Cristo vivo; y da a entender que es hombre y Dios. No como estaba en el sepulcro, sino como salió de él después de resucitado. Y viene a veces con tan grande majestad, que no hay quien pueda dudar sino que es el mismo Señor, en especial en acabando de comulgar, que ya sabemos que está allí, que nos lo dice la fe. Representase tan señor de aquella posada, que parece toda deshecha el alma; se ve consumir en Cristo. ¡Oh Jesús mío, quién pudiese dar a entender la majestad con que os mostráis!» (V 28,8).

Nos invita la santa abulense a llegar al sacramento con gran fe y amor, pues Él puede llenarnos de todas sus riquezas: «Pienso que si nos llegásemos al Santísimo Sacramento con gran fe y amor, que de una vez bastase para dejarnos ricas, ¡Cuánto más de tantas! Sino que no parece sino cumplimiento el llegarnos a Él, y así nos luce tan poco. ¡Oh miserable mundo, que así tienes tapados los ojos de los que viven en ti, que no ven los tesoros con que podrían granjear riquezas perpetuas!» (MC 3,13).

Además, la eucaristía nos sana, como muchas veces lo experimentó Teresa, es muy gran medicina para los males corporales (cf. CE 61,3). También produce en el cristiano una comprensión vivencial del misterio de salvación y lo lleva a expresarse de forma lírica (Género literario, generalmente en verso, que trata de comunicar mediante el ritmo e imágenes los sentimientos o emociones íntimas del autor), así como ella muchas veces lo expresa en su librito de *Exclamaciones*, compuesto en el tiempo de acción de gracias, después de comulgar:

«¡Oh Vida, que la dais todos! No me neguéis a mí esta agua dulcísima que prometéis a los que la quieren. Yo la quiero, Señor, y la pido, y vengo a Vos. No os escondáis, Señor, de mí, pues sabéis mi necesidad y que es verdadera medicina del alma llagada por Vos. ¡Oh Señor, qué de maneras de fuegos hay en esta vida! ¡Oh, con cuánta razón se ha de vivir con temor! ¡Unos consumen el alma, otros la purifican para que viva para siempre gozando de Vos. ¡Oh fuentes vivas de las llagas de mi Dios, cómo manaréis siempre con gran abundancia para nuestro mantenimiento y qué seguro irá por los peligros de esta miserable vida el que procurare sustentarse de este divino licor» (E 9,2).

Un texto clásico de cómo Jesús se le representa y la sana lo encontramos en la Cuenta de Conciencia 12, escrita en Salamanca el 8 de abril de 1571: «*Come, hija, y pasa como pudieres. Pésame de lo que padeces, mas esto te conviene ahora*» (CC12).

4. ORACIÓN Y EL MOMENTO DE LA COMUNIÓN

Como ya lo dijimos, después de comulgar experimenta el sentirse consumir en Cristo, de la misma manera, vive el hacerse una misma cosa con Él, experiencias que vive en 1575: «Un día, acabando de comulgar, me pareció verdaderamente que mi alma se hacía una cosa con aquel cuerpo sacratísimo del Señor, cuya presencia se me representó; y hízome gran operación y aprovechamiento» (CC 39).

También experimenta que todo su ser queda convertido en un auténtico paraíso, donde Dios Padre acoge y recibe al Hijo: «Una vez, acabando de comulgar, se me dio a entender cómo este sacratísimo cuerpo de Cristo le recibe su Padre dentro de nuestra alma, como yo entiendo y he visto están estas divinas Personas, y cuán agradable le es esta ofrenda de su Hijo; porque se deleita y goza con Él» (CC 43). En la comunión trinitaria, Teresa vive a profundidad las palabras del Evangelio, ya no por un conocimiento intelectual, sino por la propia experiencia: «El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él» (Jn 14,23).

Por último, el sacramento de la eucaristía queda relacionado con su doctrina espiritual expuesta en *Las Moradas*, el matrimonio espiritual, metáfora de la unión divina con el hombre, ocurre después de comulgar, de recibir el santísimo sacramento de manos de san Juan de la Cruz, en el monasterio de la Encarnación el 18 de noviembre de 1572. Los grandes acontecimientos espirituales en la vida de Teresa sucedieron después de comulgar, así nos dice en las séptimas moradas:

«A otras personas será por otra forma, a ésta de quien hablamos, se le representó el Señor, acabando de comulgar, con forma de gran resplandor y hermosura y majestad, como después de resucitado, y le dijo que ya era tiempo de que sus cosas tomase ella por suyas, y El tendría cuidado de las suyas, y otras palabras que son más para sentir que para decir» (7M 2,1).

Es en su escrito, *Meditaciones sobre los Cantares o Conceptos del amor de Dios*, Teresa nos habla del Beso de Dios al hombre, entendido como amistad y paz de Cristo, que hace parte “del camino de oración, por donde el Señor lleva a estas hermanas de estos

monasterios e hijas mías” (MC pról. 3), proceso que santa Teresa describe en sus Meditaciones sobre los Cantares. Es la etapa del proceso que busca el camino hacia la paz y la amistad verdadera con Cristo como regalo de Él, es la entrada a la oración de quietud y de unión que Dios da al alma que se decide por su amor. La consecuencia es la perfecta unión con Dios, haciéndola otro Cristo para servirle sirviendo a los hermanos.

Así como el beso es muestra de la relación entre dos personas que han alcanzado cierto grado de cercanía y de confianza, como absorción de uno al otro, el beso de Dios es la gracia especial que Dios da al hombre para que pierda el miedo y vaya llegando a un estado de verdadera paz y se deje configurar poco a poco con Cristo “amigo”. La relación con Dios se concretiza en la relación con Cristo, con su Sacratísima Humanidad (MC 1,10; 4,4; 7,5-8) por la referencia continua a un Dios encarnado (MC 1,10), a su Pasión (MC 1,7; 4,4), a la Eucaristía (MC 1,10; 3,13). Y es precisamente, por medio del sacramento de la Eucaristía, donde Dios se nos da como el gran beso para seguir dando muestras de amor al hombre, para fortalecerlo en su camino de oración y de configuración con Cristo y le ofrece la posibilidad de devolverle el beso, la posibilidad que tiene el hombre de “absorber” a Dios, al comer y beber de su Cuerpo y de su Sangre.

BIBLIOGRAFÍA

Álvarez, Tomás. *Cultura de Mujer en el siglo XVI. El caso de santa Teresa de Jesús*. Burgos: Monte Carmelo, 2006.

-----, dir. “Eucaristía”, en *Diccionario de santa Teresa*. 2a ed. Burgos: Monte Carmelo, 2006.

Castro Sánchez, Secundino. *El fulgor de la Palabra. Nueva comprensión de Teresa de Jesús*. Madrid: Editorial de Espiritualidad, 2012.

